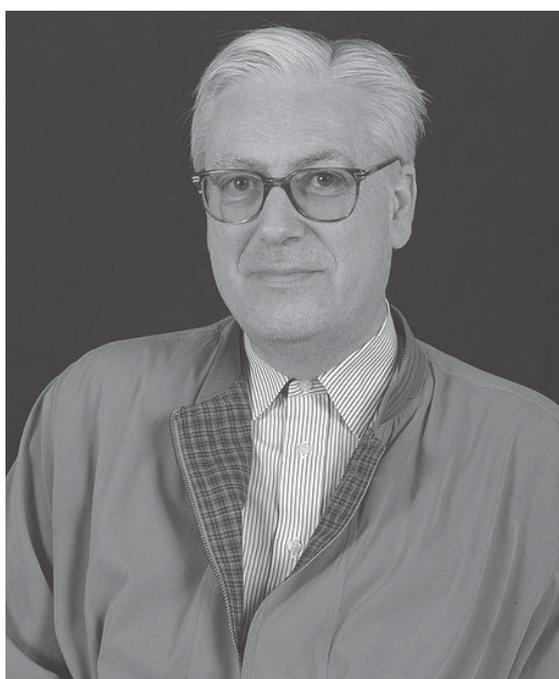


UNA LABOR CABAL. UNA ENTREVISTA A ANTONIO MIGUEL BERNAL

Ángeles González
Universidad de Sevilla



Antonio Miguel Bernal, sevillano de El Coronil (1941), estudió Historia en la Universidad hispanolusa y se doctoró en dicho centro de estudios superiores en el año 1973. Realizó estudios de postgrado en la École Pratique des Hauts Études de París y en la Sorbona. Entre los años 1969 y 1976 fue miembro de la Section Scientifique de la Casa de Velázquez. Ha sido profesor ayudante en la Universidad Complutense de Madrid, Profesor agregado en la Universidad de Sevilla y, posteriormente, en la Universidad de La Laguna. Desde 1982 desempeñó la cátedra de Historia e Instituciones Económicas en la

Universidad de Sevilla hasta su jubilación, en el año 2011. Pertenece al consejo editorial de *The Journal of European Economic History*, al comité internacional de *Histoire, Economie & Société* y ha sido miembro de los consejos asesores de *Revista de Historia Económica*, *Investigaciones de Historia Económica* y otras revistas de humanidades y ciencias sociales.

Sus primeras investigaciones se centraron en la economía agraria de Andalucía y el comercio colonial español; más recientemente ha abordado el estudio del Imperio español y la historia empresarial andaluza. Codirector, junto con Antonio Domínguez Ortiz, de la Historia de Andalucía, en 1999 organizó el II Coloquio Internacional de Historia Económica, Dinero, moneda y crédito en la monarquía hispánica. En 2006 recibió el Premio Nacional de Historia por su obra, *España, proyecto inacabado. Costes/beneficios del imperio*, y en 2011 fue galardonado por la Asociación Española de Historia Económica (AEHE) con el premio a la Trayectoria Académica en reconocimiento a su valiosa aportación al conocimiento de la historia económica de Andalucía y del Imperio español.

Buenas tardes, Don Antonio Miguel, ¿podría indicarnos para empezar cuáles fueron los motivos que le llevaron a estudiar Historia?

Esencialmente pragmáticos. Yo había estudiado el Bachillerato Superior en el Instituto San Isidoro de Sevilla y durante esos años no había mostrado predilección por ninguna asignatura,

salvo quizás la de geografía por el hecho de que siempre hay un profesor que te influye más que otros. Terminé el bachillerato muy pronto, a los 14 años, y mi padre pensó que era muy joven para entrar en la universidad así que cursé primero estudios de Magisterio en la Escuela Normal, de la que era director el que había sido mi profesor de geografía en el instituto y, al terminar, ingresé en la Facultad de Filosofía y Letras. Hice los cursos comunes interesándome por todo, sin decantarme por ninguna materia en concreto. Todas para mí eran iguales porque yo era becario y tenía que tener una nota mínima para mantener la beca. Luego, por circunstancias familiares, mi padre murió, tuve que tomar una decisión. Mi familia no podía enviarme fuera a estudiar y para mantener la beca lo único que podía estudiar en Sevilla era Historia.

¿Qué profesores en la Facultad ejercieron mayor influencia en tu formación? ¿Cómo te decantaste finalmente por la Historia Contemporánea?

Tuve la suerte de tener como profesor a Agustín García Calvo, que reforzó mi interés por el mundo clásico. Entre los profesores de Historia, don Juan de Mata Carriazo, que era un profesor espléndido y fue quien me puso en contacto con don Ramon Carande. D. Ramón impartía la asignatura de historiografía, y a ella asistíamos unos seis o siete alumnos, entre ellos su hijo Ramón, y a través de él pude establecer una relación personal. Fue una conexión decisiva, porque mi posterior desarrollo y vinculación con la historia económica vino gracias a ese anclaje muy temprano y realmente generoso con D. Ramón. Gracias a él comencé a interesarme por unos temas que por entonces no se estudiaban mucho en la facultad.

Pensé hacer mi tesina sobre Historia Medieval, el reino de Niebla, pero Mata me advirtió que se iba a jubilar y que no podría dirigirla. Realmente no tenía expectativas de permanecer en la universidad. Mi horizonte eran las enseñanzas medias, pero si quería llegar a ser

catedrático de instituto y cerrar un currículo relativamente brillante tenía que optar al premio extraordinario de licenciatura y para eso tenía que hacer la tesina. El problema es que en la Universidad de Sevilla de entonces había grandes lagunas. No había ningún profesor de prestigio en Historia Moderna ni en Antigua; en Prehistoria sí estaba un hombre muy prestigioso, Blanco Freijeiro, pero no era persona con la que yo pudiera trabajar. D. Ramón estaba a punto de jubilarse y D. Juan de Mata, a punto de irse a Madrid, ya se sabía. Guillermo Céspedes, de Historia de América, también se marchó. José Luís Comellas ocupó en esos años la cátedra de Contemporánea y su llegada vino a subsanar esas carencias. No tenía otra opción que elegir Contemporánea porque era la única especialidad donde, por lo menos, había un catedrático joven. Comellas me ofreció como tema una de las múltiples conspiraciones liberales contra el rey Fernando VII en la década ominosa. Mi tesina no fue un buen trabajo pero el tema consiguió atraerme porque analicé la cuestión con un enfoque diferente al que deseaba Comellas. Pude constatar que algunas de esas intentonas liberales contra la monarquía absoluta tenían una base social, un apoyo popular, y a partir de esa convicción traté de comprender fenómenos políticos a partir de la historia social. Para mí esa interpretación fue decisiva y me ayudó mucho en esa nueva orientación Jaume Torras, que estaba haciendo lo mismo que yo en Barcelona, y, desde luego, la obra de Vicens Vives. Ya entonces asumí que la política no se podía explicar sin estudiarla desde abajo. La historia política, tal como se estaba realizando, no me interesaba.

¿Cómo se produjo tu vinculación a la Casa de Velázquez?

Me marché de la universidad al terminar la tesina. No tenía contactos en el mundo universitario y cuando solicité la beca de investigación, me la denegaron porque no me habían entregado los informes que había de aportar. Mi horizonte profesional no estaba en la universi-

dad sino en las enseñanzas medias, D. Antonio Domínguez Ortiz era para mí un referente y un modelo a seguir, pero tampoco conseguí entrar en un instituto. Estuve un año sabático, en el que leí todo lo que se podía leer, desde Mommsen hasta Toynbee, pasando por Huizinga. Durante aquellos meses adquirí un bagaje intelectual generalista, muy abierto. Además, estuve dando clases particulares y en algunas academias. En aquellos meses una amiga de la facultad me comentó que estaba realizando trabajos como documentalista para un historiador francés y que estaba consultando documentación muy interesante. Ella me presentó a Pierre Ponsot, que luego fue secretario general de la Casa de Velázquez, y que estaba realizando su tesis doctoral sobre la historia de Andalucía en los siglos XVI a XX. Ponsot había previsto consultar los fondos de los archivos de distintos pueblos y me propuso que le acompañara en su coche, un 2CV, y eso hice. Con él aprendí el oficio de historiador, recogiendo datos demográficos, informaciones sobre precios, producción, rentas señoriales, estructura de la propiedad de la tierra, etc. Después de varios meses me comentó que su director de tesis, y sobre todo Braudel, le habían sugerido que para comprender realmente el siglo XIX en Andalucía, el foco de interés por aquel entonces, era preciso conocer la época anterior, de la que no se sabía nada, y que el periodo cronológico de su tesis doctoral, los siglos XVI al XX, resultaba excesivo. Ponsot decidió entonces interrumpir su investigación en 1820 y como ya había recogido material de archivo para el siglo XIX me propuso que yo continuara el trabajo. Me pasó sus carpetas para que yo utilizara el material que me pudiera interesar, y de ahí surgió mi interés por la historia de Andalucía en los siglos XIX y XX, centrada sobre todo en los movimientos sociales.

Movimientos sociales e, inmediatamente... causalidades económicas, ¿no?

Efectivamente, en aquel tiempo y por mediación de D. Ramón Carande conocí a Gonzalo

Anes, que por entonces aún no había obtenido la plaza de catedrático de Historia Económica o la estaba preparando. En una de las conversaciones que tuvimos me recomendó un libro que podría interesarme para lo que estaba haciendo. Era el libro de Hosbawm, *Rebeldes Primitivos*. Anes fue muy generoso conmigo. Me sugirió que para estudiar los movimientos sociales, que tienen una fundamentación económica, realizara estudios de Ciencias Políticas y Sociales o de Economía. Yo opté por la segunda opción porque sabía que podía contar con la ayuda de Ponsot y con el material que ya había recogido. La documentación del Archivo Medinaceli me había proporcionado información muy valiosa sobre precios, salarios, propiedad, sobre los enfrentamientos señoriales. Ya tenía entonces una interpretación clara sobre los movimientos sociales de las primeras décadas del siglo XIX, sobre todo en Andalucía. Casi todos ellos cuestionaban el régimen de propiedad de la tierra. También existía un problema de reestructuración de la sociedad. Al calor de las desamortizaciones se estaba formando una clase media propietaria y lógicamente el fenómeno jornalero, campesino, la aparición de las primeras organizaciones obreras se percibía con mayor nitidez. El problema, además, se planteaba más intensamente en los municipios que en las grandes instituciones, de ahí que junto a los archivos señoriales me dedicara a consultar los fondos de los archivos municipales y parroquiales, unos 60 o 70.

Estábamos en 1968 y las circunstancias en España eran complicadas. Ponsot me ofreció la oportunidad de trabajar en París, como lector en el Instituto Joliot-Curie. Me ocupaba una o dos horas a la semana dando clases de español. Siguiendo su consejo y el de Gonzalo Anes, me matriculé en los cursos de la École Pratique des Hauts Études. Allí conocí a Pierre Vilar. Vilar me propuso realizar la tesis doctoral en la Sorbona, así que tramité la inscripción y permanecí en la universidad como si fuera una especie de ayudante suyo, aunque yo vivía de mis clases en el

instituto. Un día Ponsot, o un colega suyo, me comentó que Braudel estaba dictando un seminario en el Colegio de España sobre cuestiones mercantiles, y que necesitaba que alguien le ayudara a leer e interpretar un texto del siglo XVII. Y allí fui. Yo me ponía a su lado y Braudel me decía, «Lea», y yo leía el párrafo. «Pare», y yo paraba, y, si era necesario, explicaba su significado. Conocía el tema mercantil por razones prácticas, familiares. Yo sabía perfectamente lo que era una letra de cambio, un balance porque si la familia de mi padre eran agricultores, la de mi madre, procedía del mundo del comercio. Cuando terminamos, Braudel me preguntó: «Y usted, ¿qué hace?». Y cuando supo mi situación y lo que hacía me indicó que dejara el puesto de lector y que fuera a ver a Leroy-Ladurie, quien me asignó una especie de beca y me dijo que me dedicara a investigar.

Estamos a las puertas de un itinerario intelectual a caballo entre París, Madrid, Sevilla...

Cierto. En 1969 concedieron a François Chevalier, el director de la Casa, un proyecto de investigación para trabajar en Andalucía con un equipo interdisciplinar. Chevalier, que conocía mi proyecto de tesis y que me había insistido en la idea de que debía estudiar el papel de los latifundios para entender la historia de Andalucía y de los movimientos sociales, me dio dos opciones: permanecer en la Sorbona o bien volver a España donde me incorporaría a su equipo, donde por cierto me pagaban muy bien, y podría proseguir el trabajo sobre mi tesis. Comenté su propuesta con Anes, con Ponsot y con Vilar y los tres coincidieron en que debía volver. Y de esa forma me vine otra vez a la Casa de Velázquez. Abandoné la idea de permanecer en la Sorbona. Yo sabía que, si me quedaba en Francia, no iba a ser doctor en mucho tiempo dado que las tesis de estado se entendían como la obra de toda una vida. Además conocía que la historia económica en España era una especialidad con muchas posibilidades. Había tres facultades de económicas, pero en aquellos años

se crearon cinco y luego otras cinco más y yo tenía unas buenas conexiones. Tenía relación con el profesor Anes, que fue decisivo para la articulación de la historia económica en España, tenía buenas relaciones con Miguel Artola, y yo pensé, desde el punto de vista profesional, que si optaba por la historia económica tenía posibilidades de volver a la universidad, mientras que si, por el contrario, optaba por la historia general, contemporánea, la historia política o la historia moderna, mis posibilidades eran pocas. O entraba por historia económica o no entraba.

En el equipo de Chevalier me reencontré con otro compañero francés, con un geógrafo, Michel Drain, que me propuso escribir juntos un libro sobre la geografía de la campiña sevillana que se publicó en francés. Sin ser doctor, publiqué con Drain tres libros en París, y de Geografía; publiqué también algunos artículos sobre los latifundios. Sin haber estudiado la licenciatura de Geografía yo tenía un currículum que modestamente ni siquiera algunos catedráticos tenían. Por entonces llegó a la cátedra de Geografía de la Universidad de Sevilla Benito Arranz. Me llamó y me propuso que me incorporase al departamento y yo lo pensé. Siendo doctor se podía opositar directamente a cátedra pero te exigían dos años de práctica docente y yo hasta entonces no había dado ni una clase en la universidad y como era indiferente la materia que se impartiera, acepté la oferta. Así, al cabo de unos pocos años pude volver a Sevilla como profesor a la Facultad de Geografía, no a la de Historia.

Entonces, ¿qué relaciones trabaste, y cómo, con los historiadores españoles?

R. Artola me llamó para colaborar con él cuando, en aquellos años en que dirigió la historia de España de Alfaguara, había reorientado su investigación hacia la historia económica y social y comenzó a trabajar sobre el catastro y los latifundios. Artola me puso en contacto con la Fundación March y luego me consiguió una beca magnífica. Otro contemporaneísta con

el que colaboré fue Emili Giralt, que me llamó a través de Josep Fontana, Jordi Nadal y Vilar, y juntos elaboramos un artículo para el Congreso Internacional de Ciencias Históricas que se celebró en Moscú y Leningrado. Fuimos los únicos españoles que participamos.

¿Es en esos momentos cuando se produce la incorporación a la Facultad de Económicas de La Laguna?

Bueno, verás, la tesis la defendí muy tarde. Ya llevaba siete u ocho años con ella y la leí por una razón fundamental. A esas alturas se habían creado nuevas facultades de Económicas, entre ellas la de Sevilla, y pensé que podría ser propuesto para hacerme cargo de la asignatura de Historia Económica al contar con dos bazas extraordinarias: una, interna: Carande. La otra, externa: Anes. Mis relaciones con ellos. Lamentablemente, no pude entrar. Se cometió a mi modo de ver un grave error al conceder esa docencia al departamento de Historia Contemporánea. Un día en que coincidí con Comellas yo, que siempre he sido muy desahogado —muy independiente, vamos—, le dije que habían cometido un error y que no iba a impartir esa docencia mucho tiempo. Efectivamente estuvo poco más que un año, y después fue enviando a la facultad a distintos profesores del departamento. Con el tiempo, José Manuel Macarro, colega de Contemporánea, en un arranque de sinceridad, me confesó: «¡No sabes qué sufrimiento era aquello!».

Fue un mal momento para mí. Benito Arranz se dio cuenta y me ofreció la posibilidad de cambiarme a Geografía, tanto es así que Benito dotó una plaza de agregado interino. Aunque tenía el handicap de la geografía física, había estado trabajando diversos aspectos de geografía urbana que le habían interesado mucho a D. Manuel de Terán. Él publicó dos artículos míos en la revista más prestigiosa de la especialidad por aquellos años, «Estudios Geográficos». Consideré la oferta y estuve un año como agregado

interino pero en ese intervalo se crearon dos nuevas facultades de economía. Una en Zaragoza y otra en La Laguna. Carande, y sobre todo Anes, me animaron para trasladarme a esta última. Allí tendría las puertas abiertas, porque la persona que había prohiado la facultad era el catedrático José Luis Sampedro, del que Anes había sido alumno. Hay que tener en cuenta que, entonces, en Historia Económica éramos muy pocos y nos conocíamos todos, pertenecíamos a la misma escuela. Sampedro, además, me dijo que el mismo día que me incorporase a la facultad se dotaría la plaza y se convocaría la oposición. Estuve allí durante 7 años en los que me sentí muy bien, aunque al principio hubo algunos problemas porque para la plaza de Zaragoza se presentó una reclamación y todo el trámite administrativo para la resolución de las plazas llevó más de un año.

La llegada a La Laguna, ¿reorientó tus proyectos de investigación, modificó en algo tus líneas de reflexión histórica?

Era inevitable. El compromiso universitario me lo exigía. En ese tiempo dejé a un lado la línea de investigación que había desarrollado en la Casa de Velázquez. Sólo mantuve, por compromisos editoriales con Planeta, la codirección, junto con don Antonio Domínguez Ortiz, de la historia de Andalucía. Cabe recordar, también, que por aquellas fechas, y llevado por mi afán de versatilidad, había escrito en colaboración con Antonio García-Baquero, *Tres siglos del comercio sevillano*. También conté con la colaboración, para la época medieval, de Antonio Collantes de Terán. Fue un libro que tuvo un gran impacto por sus ramificaciones teóricas y porque apareció en un momento de crisis de la historiografía marxista. En el capítulo que yo escribí abordaba una cuestión que no se había tratado en España, e incluso muy poco en Europa: el paso de una sociedad gremial a una sociedad industrial, la transformación del artesanado en proletariado. La publicación apareció en un momento oportuno, cuando se abría camino la tesis de

la protoindustrialización. El modelo cerrado y dogmático de Marx sobre el proceso de proletarización dio paso a un modelo alternativo. En Inglaterra, primero, pero después en otros lugares, en Italia, en Alemania, también, en parte, en Cataluña, se pudo comprobar que en realidad este proletariado provenía del mundo artesanal, se había incorporado al proceso productivo capitalista y había dado origen a un sindicalismo de elite. Mi trabajo tuvo un gran impacto, no porque estuviera muy bien hecho o porque fuera plenamente maduro, aunque tenía la ventaja de la interdisciplinariedad y aportaba una visión de tiempo largo; elementos con los que siempre me he sentido muy cómodo.

La docencia universitaria, ¿implicó un pronto ejercicio del magisterio intelectual? ¿Comportó el asentar una cierta manera de transmitir el cómo hacer historia?

Verás, Ángeles, siempre he preferido temas nuevos, pioneros, y nunca he querido tener discípulos a la manera de la vieja escuela. Siempre me ha resultado un punto ridículo el tratamiento de maestro y nunca le he pedido a nadie que completara, ampliara o terminara un trabajo mío. Pienso que la investigación es como un traje. Uno tiene que elegirlo por sí mismo, identificarse con él, sentirse a gusto y cómodo con su elección. Creo que el buen historiador necesita tres condiciones esenciales. Primero, un acceso directo a las fuentes. Siempre he sido un hombre de archivo, aunque a partir de un momento determinado se es consciente de la necesidad de abstraer, de reflexionar y elaborar unos planteamientos teóricos. He rechazado siempre separar la teoría de la praxis, creo que deben avanzar paralelamente aunque si ha de primar uno pienso que primero es el documento que es el que te permite la reflexión teórica. Segundo, la transversalidad. Por ejemplo, cuando opté por la historia económica tuve que estudiar economía por mi cuenta, aprender estadística, economía política, etc. También me entusiasmó un seminario al que asistí en París en el que se

examinaba el vocabulario político y el cambio de significado de las palabras. La palabra burgués tenía un significado antes de la revolución de 1789 que fue modificándose a medida que avanzaba el despliegue del Nuevo Régimen. Ese tipo de estudios me resultan fascinantes, aunque reconozco que requiere otro tipo de investigación, más de despacho. Y tercero, como ya te había dicho antes, el tiempo largo. La historia en el corto plazo es también fundamental, lógicamente. Me merece el mayor respeto el historiador que camina sobre un solo eje y es capaz de diseccionarlo. El campo en el que yo me he movido, sin embargo, es tan abierto y en construcción que por razones obvias primaban las visiones generales. Lógicamente ahora ya se pueden realizar análisis concretos.

¿Podrías, para el lector de estas líneas, concretar algo más cuáles fueron tus influencias teóricas?

Siempre he sido un gran lector. El listado es amplio. En España tuvimos la suerte de disponer de la buena historiografía alemana de los años 20 y 30; de la historiografía francesa —con su idea de la necesidad de relacionar economía, sociedad y política—; de recibir, algo más tarde, el eco de Hobsbawm y los marxistas ingleses. Cuando empecé, mis influencias estaban mediatizadas por esos tres polos.

La influencia de la historiográfica francesa... no me refiero con ello, y sólo, a la Escuela de Annales. La gran aportación de los franceses residió en la articulación teórica de los grandes geógrafos franceses del siglo XIX e incluso del siglo XVIII. Ellos supieron eludir el determinismo germánico y enfatizar la importancia de la geografía, del espacio. Del mundo anglosajón, me influyeron las lecturas sobre el Imperio y la idea de la acción política como enseñanza, como un sistema que no sólo era de explotación. En cuanto al marxismo, el único ejemplar de *El Capital* que había en la Facultad lo leí yo en 2º de carrera, era un ejemplar de la traducción que había hecho Wenceslao Roces y que

nadie, creo, sabía que estaba allí. Leí a Marx y lo leí bien; pero nunca soporté a los historiadores marxistas. Vilar era una excepción, pero Vilar nunca fue un hombre dogmático ni un hombre de partido, tenía una capacidad de razonar excepcional y era, por lo demás, un gran investigador de archivo.

¿Hay ahí, me parece, una reflexión crítica, por tu parte, sobre el marxismo?

A ver, el marxismo como instrumento de análisis había resultado un arma poderosísima, pero llegó un momento en que resultó, literalmente, insoportable. Se vulgarizó. El manualito de Marta Harnecker fue, a mi modo de ver, el enterrador de la obra de Marx, por lo menos en España. Era lo que el catecismo Ripalda al Evangelio. Los marxistas ingleses introdujeron luego otros matices. Los grandes historiadores franceses fueron, para los españoles, un buen antídoto. Hasta entonces habíamos leído a los franceses básicamente, algún italiano, pero no ha habido una verdadera escuela marxista española y han quedado pocas obras de referencia. Sí se salvaron las obras de los grandes historiadores de formación socialista. Por ejemplo, Ernest Labrousse y su estudio sobre la revolución francesa; pero en España realmente no ha permanecido nada. Creo que llegamos tarde y llegamos mal. En un momento determinado, además, aparecieron por estos lares Los Gründisse,¹ y dieron lugar a una relectura de Marx que fue una especie de rizar el rizo.

Reconozco que poco a poco me fui encontrando muy bien en el campo que va de la economía clásica al socialismo. Una visión que intenta comprender los fundamentos de una economía que funciona pero desde una perspectiva social. También de la historia de la cultura, la cual considero que se integra dentro de la historia social. Los grandes historiadores espa-

¹ *Los Grundrisse. Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, se difundieron en España a partir de 1977 a través de una traducción realizada en México por la editorial siglo XXI.

ñoles, precisamente, son los que en su obra han mantenido la orientación social y no han estado al servicio de ninguna causa política. ¿Casos? El de D. Antonio Domínguez Ortiz, uno de los grandes historiadores sociales de España, con una gran capacidad para adentrarse en la sociedad y comprender. El de Vicens Vives. Su obra se llamó, precisamente, *Historia social y económica*.

Y llegamos a la econometría, ¿en qué medida condicionó tus perspectivas de análisis? Y, ya puestos, ¿cuál es, en tu opinión, la situación actual de la historia económica?

Cuando yo empecé la información estadística disponible era mínima y para elaborar un índice de precios, o cualquier tipo de indicadores, determinar las variables demográficas tenía suficiente con una regla de cálculo. Es evidente que a medida que te adentras en el siglo XIX y en el XX, en los que el volumen de datos es abrumador, necesitas un poderoso instrumento de análisis. Ahora estoy trabajando con unos 200.000 datos y 20 o 30 variables. Hace 30 años eso hubiera sido imposible. No obstante, no sólo es preciso disponer de un instrumento de análisis adecuado. Es imprescindible también integrar esos datos en unas formulaciones teóricas previas. No se puede prescindir de la econometría. Otra cosa es que algunos historiadores económicos se hayan quedado, como pasó con el marxismo, con el método. Los grandes económetras –Robert Fogel o Douglas North– son los mismos que han tenido una evolución muy interesante que ha trascendido el método. North, por ejemplo, es hoy uno de los grandes renovadores del institucionalismo económico. Esto es, las instituciones, algunas de ellas, son elementos básicos para comprender la economía y la sociedad toda. Los últimos libros de Fogel subrayan la importancia de la historia de la empresa y de los empresarios para entender el funcionamiento no sólo de la economía de un determinado país, sino también el de la sociedad como un todo.

Me recuerda mucho, todo ello, a lo que pasó

con el marxismo. No hay nada peor que el neófito y la gente de credo. Yo, que soy de natural agnóstico, nunca he soportado los dogmatismos. Mi escepticismo y sentido crítico además se fortaleció a medida que iba estudiando y adquiriendo un cierto oficio. Sólo el espíritu crítico nos salva.

Ese oficio y ese espíritu crítico a los que aludes, ¿precisan de escuelas?, ¿de magisterios intelectuales?

Creo que uno de los grandes avances de la historiografía española se produjo cuando se rompieron un poco los corsés ideológicos. De todas maneras, como nos pasa en tantos terrenos, tenemos una capacidad autodestructiva extraordinaria. La situación de la historiografía en España, a veces pienso, da pena. Es terrible. Hace tiempo que voy con frecuencia a Italia y he podido comprobar que libros fundamentales que se publicaron hace medio siglo, como los de Marc Bloch, por ejemplo, se reeditan y se leen. Eso no pasa en España, donde los grandes historiadores han quedado amortizados, incluso en vida. Eso pasó con Vicens Vives, por ejemplo, a pesar del intento de rescatarlo con motivo de su centenario. No digamos ya D. Claudio Sánchez-Albornoz, un magnífico historiador. No hay esos referentes que se conservan en otros países. El único que ha logrado mantenerse es, en cierta medida, Fontana.

Por lo demás, es verdad que tú tienes que cambiar, desenvolverte en otros ámbitos, en otros temas y abrir caminos nuevos. La versatilidad de los ingleses o de los norteamericanos, su capacidad para cambiar de temas, a mí me resulta fascinante.

¿Cambiar para progresar en el conocimiento, en el saber, en el oficio en suma?

Exacto. Ese afán es el que ha impulsado y ha marcado mi investigación siempre. Mi interés se vuelca en los últimos años en el mundo del comercio y el Imperio en los tiempos moder-

nos. El mundo mercantil siempre me ha resultado muy sugestivo, pero siempre he criticado a aquellos de mis compañeros que se limitaban en muchos casos a la mera estadística, contabilizar el número de barcos que zarpaban de los puertos, el número de sacos que se vendían y cosas así. Probablemente es necesario hacerlo pero debemos trascender los datos. Una de las cuestiones de fondo que más me interesaba a la hora de iniciar esta nueva orientación, era la reflexión sobre la incapacidad de España para descolonizar. Es el único país que ha tenido tres oportunidades históricas y las tres las ha hecho a cual peor. Es decir, América, Marruecos y Guinea. Y en eso estoy trabajando ahora.

En principio abordé el tema con una orientación muy económica. Un poco antes del 92 el interés de los historiadores se centró en las relaciones comerciales con las colonias. Comencé a indagar en el Archivo de Indias y localicé unos legajos con una información estadística compleja que nadie había sabido interpretar correctamente. Me di cuenta y eso me generó una relación problemática con muchos de mis colegas. Lo dije, lo mantengo y es algo que me ratifica en la convicción de que el trabajo en archivo requiere una preparación previa. Eso tuvo consecuencias para mí en el plano académico, aunque a estas alturas haya perdido relevancia. Más en concreto dije en público que el artículo que previamente se había escrito a partir de esos legajos había retrasado la historia del americanismo español en medio siglo. Se trataba, por lo demás, de un artículo muy aplaudido y que durante décadas nadie había sometido a revisión ni a crítica. Entre otras razones porque nadie lo había entendido realmente. No me lo perdonó. Finalmente el autor tuvo la gallardía de reconocerlo en uno de los últimos boletines de la Academia. No era una cuestión personal, además se trataba de una persona que yo admiraba y respetaba porque era un gran historiador. Soy consciente de que muchos de mis trabajos no están del todo terminados, pero en Historia nadie dice nunca la última palabra. Naturalmente

te todos debemos aspirar a la excelencia de acuerdo con los medios que se tienen en cada momento, pero insisto, nadie puede pensar que un trabajo está absolutamente cerrado.

Estamos a las puertas de tu gran trilogía, ¿verdad?

Bueno, verás, eso de gran lo dices tú. Vamos al origen. El Banco de España me concedió un proyecto para publicar algunos trabajos con motivo del 92, y ese fue un incentivo para preparar *La financiación de la Carrera de Indias*, un libro muy economicista. Ese libro me generó algunos vacíos entre mis colegas. Abordaba cosas que eran muy obvias, pero que habían sido marginadas. Rompía clichés. Toda esa literatura sobre el Tratado de Tordesillas y el papel de la Reina, que había tenido que vender su patrimonio personal para financiar el viaje de Colón. El acuerdo, en rigor, fue un contrato por el que se establece una sociedad mercantil. La corona aporta una parte del capital, no directamente, sino a través de unos socios perfectamente identificados, y Colón pone el resto. No aparece en ese documento la palabra Dios, la misión evangelizadora, ni nuevos pueblos, ni nada por el estilo.

La segunda idea era que España fue el primer país colonialista del mundo, guste o no. Lo fue, a pesar de la retórica fraternal de los pueblos de ambos lados del Atlántico que se vertió en esos años. Esa idea, precisamente, fue la que me llevó a explorar el tema, fundamental, de la formación del Estado. Para muchos otros países, la creación del Imperio fue la gran oportunidad para integrar el Estado-Nación. España, en cambio, desperdició esa oportunidad. Gran Bretaña, por ejemplo, surgió en 1707 como resultado del acuerdo de los dos parlamentos, de Escocia e Inglaterra, por eso si una de las partes quiere separarse David Cameron lo tiene que aceptar. La base, en suma, del proceso de integración fue el Imperio. Inglés que no escocés. Aunque Inglaterra permitió el establecimiento de sus vecinos del norte en un plano de igualdad. Eso no pasó con Cataluña, ni con la Corona de Aragón. Esa

especie de secuestro, por llamarlo de alguna manera, del Imperio colonial tuvo consecuencias: la dicotomía de lo tuyo y lo mío. El imperio desaparece pero la dicotomía no. No se trataba de un problema de agravio, era, y acaso sea, algo más. Precisamente esa cuestión la abordé en el libro *Monarquía e Imperio* donde trato de explicar y de situar el fenómeno clave que se produjo entre 1474 y 1550: el de la configuración de dos comunidades claramente separadas.

Estamos, por lo que comentas, ante las raíces del recurrente problema de España como proyecto inacabado. ¿Crees posible que en algún momento culmine ese proceso de construcción? ¿Qué tiene que decir al respecto el historiador o la historiadora del tiempo presente?

Es muy difícil decirlo. La Constitución de 1978 está cerrada formalmente, pero no ha resuelto algunos de los grandes problemas que tiene España. La elaboración de la Constitución se hizo desde el respeto entre las distintas formaciones políticas, pero carece de los mecanismos de equilibrio, de corrección, que son los que le otorgan vitalidad. Por lo demás, está llena de cuñas que le restan coherencia y operatividad, y que, al parecer, no son modificables. La gestión de Cataluña se ha llevado siempre muy mal. El Decreto de Nueva Planta, no hay más que leer el Preámbulo. Se trató de aplicar la ley del vencedor con una dureza extraordinaria y aunque es verdad que se fue modificando, nunca ha habido una especie de campo fértil de encuentro. Tampoco en el terreno de la historiografía.

Recuerdo ahora que en la época en que Pasqual Maragall estuvo al frente de la Generalitat se planteó la necesidad de escribir una historia de los pueblos de España desde una nueva perspectiva. Nos convocó a ocho o diez historiadores que nos reuníamos bajo la coordinación de Jordi Nadal y a partir de una primera reunión se formaron grupos de trabajo. No encontramos la manera de articular un diálogo constructivo. Resulta muy difícil, por ejemplo, establecer el punto de arranque. Dentro de la historiografía

española, castellana, muchos estarían dispuestos a arrancar desde el siglo XIV, XV o incluso antes, con la presencia del Islam y el inicio de la reconquista, pero no era el inicio para Cataluña, su papel como potencia se produce precisamente en los siglos XIII y XIV. La cronología es diferente. Y como la cronología, sucede con otras cuestiones. Por ejemplo, la complejidad cultural de Cataluña. A diferencia de lo que ocurrió en otros países, como Gran Bretaña, que erradicó el galés por ley, o Francia, que impuso el francés como lengua oficial, no se produjo un proceso uniformizador. Tampoco en el plano jurídico. Tanto en Gran Bretaña como en Francia se impuso la justicia del rey en todos los territorios. España pecó de lo contrario. No se erradicó la lengua ni las leyes propias. Los pleitos en Cataluña en el siglo XIX se realizaban en catalán, en los archivos notariales la documentación se encuentra en catalán.

La batalla de la Nación nunca es racional, por eso es de difícil resolución. ¿Qué podemos hacer los historiadores? La primera es hacer una historia crítica, insobornable. El historiador no puede permitirse veleidades, aunque eso tenga costes, profesionales y personales. A mí sólo me han censurado tres cosas. Dos de ellas, la presidenta del Parlamento andaluz. Un prólogo que me pidieron con motivo de la publicación de un libro sobre la rehabilitación del edificio del actual Parlamento andaluz. En ese texto yo afirmé que la idea de autonomía o de autogobierno no tenía una existencia histórica. Andalucía fue un territorio de conquista que se distribuye entre grandes familias nobiliarias. Prueba de ello es que ninguna ciudad andaluza se sumó al levantamiento de las comunidades de 1520, sino todo lo contrario. Eran dos líneas y me las censuraron. En su lugar, se publicó algo así como «al igual que todas las comunidades históricas españolas, Andalucía se sumó al levantamiento comunero».

La segunda fue peor. Se trataba de una proclama firmada por Carlos María Isidro sobre Andalucía. La incluí con una intención sarcástica,

precisamente para poner de manifiesto la ignorancia de los carlistas —prometían la restauración de un régimen foral que nunca existió— y criticar la identificación que casi todos los autonomismos hacen entre autonomía y foralismo.

La tercera se produjo en un contexto radicalmente diferente. Yo estaba entonces colaborando con la Fundación 1º de Mayo y propuse formar un equipo para estudiar las Comisiones Obreras del Campo como un fenómeno con unos rasgos característicos y peculiares. En un momento determinado del libro afirmaba que una determinada huelga había terminado sin consecuencias. El presidente de CCOO del Campo intervino para decir que discrepaba del texto y que la huelga sí había tenido consecuencias. A él, que había sido uno de los líderes de la huelga, el cabo de la Guardia Civil del pueblo le había dado una bofetada. Se oponía a que saliera a la luz tal como estaba, y entonces decidí no publicar mi texto. Creo que los historiadores debemos ser más combativos en la defensa de nuestra independencia de criterio, de nuestra dignidad.

Por último, Antonio Miguel, ¿cuál te parece que es la situación actual de la historiografía?

No es del todo mala. A nivel comparado tiene un nivel alto y en los últimos años se ha avanzado muchísimo. La renovación ha sido total, en historia contemporánea, social, cultural y económica. El balance es positivo. La gente joven está bien preparada, mucho mejor que mi generación cuando empezó. Lo que falta a la historiografía son grupos o escuelas que pudieran articular los grandes temas de investigación. Hay, a mi modo de ver, una excesiva atomización y una flojedad en el ejercicio de la crítica. A estas alturas es inaudito que no existan grandes centros de investigación o facultades especializadas. Por contraste con lo dicho, citaré el proyecto de Julio Aróstegui sobre historia de la Memoria. Posiblemente los españoles no hemos prestado suficiente atención a los proble-

mas teóricos. Pero no creo que ese sea el lastre fundamental. Siempre se puede subsanar. Más difícil será hacer frente a la atomización de los centros universitarios. Ello se ha traducido en una orientación en exceso local de los historiadores y en unos resultados que se encuentran en rendimiento decreciente desde hace tiempo, por la utilización exhaustiva de un determinado tipo de fuentes y la marginación del resto, que apenas es utilizado. El resultado es que temas importantes, claves para la historia contemporánea, como el protectorado de Marruecos han sido poco tratados. En cualquier momento aparecerá una historia sobre el protectorado español en Marruecos hecha por un francés con documentación francesa.

Otro problema no menor es la prevención que existe sobre la honestidad de los historiadores y sobre las verdaderas razones que les llevan a trabajar en los archivos. Yo recuerdo, cuando estaba con Ponsot, salir de un archivo municipal y encontrarnos con un guardia civil que nos pedía que le acompañáramos al cuartel. Y allí el cabo, al que había avisado el alcalde o un funcionario del Ayuntamiento, nos preguntaba qué papeles habíamos visto y para qué los queríamos. Y bueno, después de contestarle y como no teníamos mala pinta, dejaba que nos fuéramos. Y no digamos cuando se trata de indagar sobre el pasado reciente. Entonces directamente se nos considera como malos periodistas a la búsqueda de noticias sensacionalistas.

Un *handicap* formidable con que siempre topamos es la fragmentación y dispersión de la documentación. No existen redes informativas y las fuentes sobre un tema en particular puede estar en el Ministerio de Asuntos Exteriores, Defensa, en Presidencia de Gobierno o vete tú a saber. Tampoco tenemos buenas conexiones con centros de documentación internacionales, aunque en los últimos tiempos se han establecido acuerdos y se estaban adquiriendo fondos documentales españoles que estaban depositados en archivos extranjeros. Es un problema serio porque en muchas ocasiones los histo-

riadores tienen que vérselas con unas fuentes de información restringidas y de no muy fácil acceso. Tampoco ayuda el hecho de que en España, a diferencia de otros países, no existen grandes instituciones que financien proyectos de investigación de envergadura. Los departamentos universitarios son unidades muy débiles en recursos de todo tipo como para afrontar ese tipo de proyectos. Los historiadores no tienen, en muchos casos y más ahora que no hay un duro, otra opción que la vía individual y la dedicación a temas de investigación que puedan llevar adelante con sus propios medios y lo más dignamente posible.

Y esto me lleva a otra cuestión que ahora me está comenzando a preocupar, el tema de la biblioteca. Los historiadores extranjeros no tienen bibliotecas personales. Elliot, no la tiene y por una razón muy sencilla. No la necesita porque tiene a su disposición una biblioteca centralizada formidable y unos servicios que funcionan con una rapidez y una comodidad extraordinarias. En España nos hemos visto obligados a formar bibliotecas personales y ahora no sabemos, yo desde luego no lo sé, qué hacer con ellas, porque además ninguna institución las quiere. No te hablo de la mía que tiene unos 10.000 volúmenes. Te digo la de Fontana, que es tres veces mayor.

Cae la tarde en este día de primavera en Sevilla y ya es hora de que nos despedamos de Antonio Miguel Bernal. Historiador cabal, pionero en tantos temas, referente fundamental para comprender la historia contemporánea de Andalucía y la historia del Imperio colonial.

